

FLUENCIA DE LA CONCIENCIA

«La cosa es que el hombre va ejecutando y realizando una cierta selección. Y de esta manera, como acto, como un momento de mis estados mentales, como algo que constituye el campo de la realidad y como algo que fluye en ese campo de la realidad en dirección, orientación y selección, es como la inteligencia está física y fluentemente en la realidad.

¿Quién es el que fluye? El que fluye soy yo mismo. De esto no hay la menor duda. La Psicología al uso –inclusive la de William James– ha sustantivado de tal manera el torrente de la conciencia, que al fin y al cabo mete justamente al propio yo dentro de la conciencia.

Esta es una operación difícil de realizar. Quien fluye soy yo-mismo. Ahora bien, yo-mismo no estoy en el fluir de la vida como un soporte sobre el cual la vida fluye. Esto no. Esto sería completamente equivocado. Donde estoy yo justamente en mi fluir es en mi estar fluente en la realidad: justamente en el campo de la realidad.

Pues bien, mientras las demás cosas, transcendentamente inmersas en el campo de la realidad, pasan delante de mí, que estoy justamente como “centro” de ese campo, la posición del yo es ser el centro del campo de la realidad, no ser soporte suyo.

De ahí que este yo, colocado así en el centro del campo de la realidad y entre las cosas que concretamente van sucediéndose (van pasando); el hombre se encuentre ciertamente entre las cosas reales, pero aquello en que esté sea en la realidad.

Bien entendido que, como no son cosas independientes la realidad y las cosas reales, sería quimérico pretender estar en la realidad sin las cosas reales. Tan quimérico como sería pretender estar en las cosas reales sin estar justamente en la realidad.

La dirección, la orientación y la selección son algo que, en última instancia, a quien miran es al yo. A este yo que intelectivamente está realmente en la realidad, al estar con las cosas y entre las cosas, con que va haciendo su vida.

Esto no es una egología. En absoluto. Esto no quiere decir que todas las cosas existen *para mí*, pero sí que todas las cosas son vistas *en mí* y, si se quiere, inclusive, queridas *en mí*, no *para mí*, pero sí *en mí*. Quiere decir que el yo ejercitaría en el campo de la realidad la función de ser un centro y, al propio tiempo, un medio de todo cuando en él acontece.

Ahora bien, ¿qué es eso que acontece al yo, al ser un centro? Si se tratase nada más que de que hay esta fluencia, el hombre se encontraría con que va cobrando, por estar en la realidad, una cierta figura: se la dan las cosas, la pura fluencia. Pero no es el caso del hombre.

El hombre tiene que hacerse inexorablemente. Y al hacerse, va cobrando más caracteres en su realidad sustantiva, va cobrando la figura de su yo, que es el ser sustantivo de la realidad humana. El yo es el ser sustantivo que el hombre va adquiriendo. Al ejecutar sus actos en forma fluente, el hombre va configurando su yo, es decir, su ser sustantivo.

¿Cómo hace el hombre esta figura de su ser?

Imaginemos que esto que se llama la corriente de la conciencia fuese lo que dice William James, un fluir que en cada instante fuera tan irreductiblemente distinto de lo anterior, que no tuviera nada que ver lo anterior; que fuese todo una realidad, pero sin repetición ninguna. El hombre no podría hacer otra cosa sino dejarse vivir. El hombre formaría su vida, pero no se propondría, ni podría proponerse, el hacérsela. En ninguna manera.

El hombre necesita para eso, por lo menos, que haya algo que constituya una cierta repetición en el curso de ese torrente. Sin ello, el hombre se formaría, pero no se haría su vida. [...]

Todo acto que el hombre ejecuta refluye sobre el ejecutante añadiéndole – en todo caso modificándole – rasgos que pertenecen a ese yo. [...] Las cosas, por muy distintas y dispares que sean, por muy ajenas que sean al hombre, van dejando justamente la impronta retrospectiva, en virtud de la cual esas cosas físicas van justamente imprimiendo caracteres a mi yo, a mi realidad, a mi yo sustantivo, a mi ser sustantivo.

Ahora bien, si esto es así, es menester que el torrente, lo que se llama fluir, no sea tan radicalmente heterogéneo que no quepa en él repetición ninguna.

Y, efectivamente, hay una repetición, en el sentido de que el torrente fluye, la fluencia, es siempre *recurrente*. Quiere decir que vuelven a pasar complejos de notas que serán completamente idénticas, que no son sujetos ni sustancias, esto tampoco, pero que sí son sistemas de notas, que por lo menos parcialmente se van repitiendo en distintos instantes de la fluencia.

Solamente entonces el hombre puede apoyarse en las cosas para hacer su vida: cuando hay recurrencia. En esa recurrencia de algunas notas o de todas, por lo menos a las idénticas yo las reconozco como idénticas; yo veo en cierta manera que lo que estoy viendo ahora es lo que tal vez vi antes. No por completo, pero por lo menos en parte.

Si lo que quiero es contemplar estas notas desde el punto de vista de la recurrencia de las notas que antes fueron, entonces me encuentro con que, a lo mejor, esas notas que veo –reales, ciertamente– parecer ser un

hombre, pero a lo mejor son un arbusto que está en el horizonte. Es el orto de la distinción entre el parecer y la realidad.

Solamente donde hay recurrencias puede haber un fundamento para la diferencia entre la realidad y el parecer. El parecer está dentro del carácter físico de realidad.

De ahí que el hombre tiene que apoyarse en estas cosas para poder hacer la figura de su ser, entonces el hombre, ante esas recurrencias, lo que tiene que hacer es “figurarse” cómo son las cosas. Justamente ahí está el momento de lo irreal. El hombre se figura cómo son las cosas. Elaborar lo irreal es figurarse, por lo menos de una manera radical, cómo son las cosas, lo que son las cosas.

Comoquiera que sea, el hombre se figura. Y se figura en el sentido más medial del vocablo. Se figura, porque tiene necesidad justamente de figurarse cómo son las cosas para apoyar su vida en ellas; pero, además, no solamente tiene necesidad de figurarse cómo son las cosas, sino de figurarse en el sentido medial del vocablo. “Se” figura, es decir, se *autoconfigura*.

Figurarse es algo inexorable para ir fluentemente a las cosas, apoyándonos en ellas para hacer mi propio yo.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 120-125]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten